

Abril de 2016 – Canadá **Espiritualidad de Santa Cruz**

Los miembros de Santa Cruz, exceptuando a las Marianitas en Francia, no hablaron de manera significativa sobre Basilio Moreau desde la década de 1870 hasta las décadas de 1920 y 1930. Para ese entonces todas las personas que podrían haber conocido en persona a Moreau ya eran muy ancianas o habían fallecido. Y dado que Santa Cruz crecía más rápidamente en América del Norte en esa época, las historias provenientes de Europa no eran una prioridad.

Durante la administración de James Donahue como superior general de 1926 a 1938 y la administración de Thomas Barosse de 1974 a 1986, Santa Cruz comenzó a reivindicar al P. Moreau como su fundador, explorando una vez más la riqueza y sabiduría del legado que él nos transmitió. Las posteriores administraciones generales de Santa Cruz han proseguido y promovido este estudio, al igual que nosotras-os en la actualidad.

Para comenzar nuestra discusión sobre la espiritualidad, podemos afirmar que las características o elementos de los que hablamos en relación al carisma son los mismos para la espiritualidad. Estos elementos son:

Dios llamándonos por nuestro nombre.

Dios guiándonos en el camino.

Dios conduciéndonos a través de sendas desconocidas.

Dios bendiciéndonos y haciendo que seamos una bendición para otras personas.

Dios invitándonos a una relación de misterio y transformación cada vez más profunda.

Tal como sucede con el carisma, la invitación a la espiritualidad es una aventura en un camino desconocido hacia una tierra desconocida, confiando en Dios sin saber hacia dónde nos está guiando, como si “viésemos al invisible” (Hebreos 11:27). Emprendemos este camino con valor y audacia ya que “Dios es fiel y Él nos ha llamado” (1Cor. 1:9).

Esta fascinación nos invita a ingresar en la relación amorosa que hay entre el Padre y el Hijo, a dejarnos atraer y guiar por esta relación, a escuchar a Jesús decirnos: Amo al Padre tanto que las-os invito a entrar en esta relación conmigo. Lo mejor en ustedes, lo más verdadero en ustedes, crecerá y se desarrollará al vivir en esta relación. Quiero que saboreen, que sientan, que toquen lo que significa realmente enamorarse totalmente del Padre. Conviertan esta relación en la razón para levantarse por la mañana, en la razón para dejar a sus seres queridos, en la razón para abrazar a alguien, en la razón para dejarlos-as ir, en la razón para aceptar lo que la vida les pide y les ofrece.

Ingresar en esta relación amorosa requiere todas nuestras energías, exige toda nuestra capacidad, en tanto el Padre nos lleva continuamente hacia una mayor intimidad. Jesús nos recuerda: el Padre y yo somos uno. Esto es lo que le ofrezco, total intimidad: no solo en su mentes, aunque su mentes forma parte de ello; no solo en su corazones, aunque sus corazones son forman parte de ello, sino en todas los aspectos de su ser. Sin esta relación cada vez más intensa, ¿no existe espiritualidad!

El Padre Moreau no desarrolló una espiritualidad propia y característica de Santa Cruz. En lugar de eso, él tomó de varias fuentes: de las espiritualidades ignaciana, sulpiciano, benedictina, carmelita, etc., para crear una síntesis de muchos elementos. Esta síntesis de muchos elementos es un reflejo del carácter general de las comunidades religiosas apostólicas del siglo XIX.

Sin embargo, en opinión del P. Mork en su obra, *Moreau Spirituality*, lo que distingue a Santa Cruz mucho más que cualquier espiritualidad original es la estructura sobre la que el Padre Moreau construyó la congregación: basada en tres sociedades de hombres y mujeres viviendo en igualdad, personas laicas y religiosas-os ordenadas-os; y, muy especialmente, en la interdependencia que Moreau insistía debía caracterizar todas las relaciones entre ellos y ellas. La interdependencia iba más allá de lo práctico, era una llamada a la unidad entre todos los miembros.

El Padre Moreau insistió mucho en la unidad de su Asociación, fundamentada en la teología del Cuerpo Místico. Una lectura superficial de los pasajes sobre la unión en el Cuerpo Místico podría dejarnos con la impresión de que el Padre solo utilizaba esta doctrina con el fin de asegurar armonía, obediencia y caridad: como una especie de medio teológico para asegurar que los miembros rindan cuentas oportunamente y que se cumplieren otros requisitos de la buena administración. Al fin y al cabo, el Padre Moreau fue un agricultor pragmático. Sin embargo, el solo hecho de que el Padre Moreau se refiriese a la doctrina del Cuerpo Místico ya es algo significativo. Esta doctrina, para usarse de una forma tan pragmática, tuvo que ser significativa tanto para el Padre Moreau como para los miembros de la Asociación.

Considerando sus escritos y enseñanzas, sus meditaciones y exhortaciones, nuestra única conclusión posible es que la doctrina del Cuerpo Místico fue fundamental en la visión que tenía Moreau de la vida cristiana. Él solo podía pensar y vivir en términos del cuerpo de Cristo. Y en ese sentido, el concepto de Asociación de Moreau de sacerdotes, hermanos y hermanas, era el concepto del Cuerpo de Cristo. Todos-as deberían estar a cargo de un único superior general, que asumía el papel de Cristo. Tal como sabemos, Roma no aprobó esta forma centralizada de gobierno y dispuso que los hombres y las mujeres tuviesen sus respectivos-as superiores-as generales.

Hoy en día la Asociación consiste de cuatro congregaciones independientes: los Sacerdotes y Hermanos de Santa Cruz, las Marianitas de Santa Cruz, las Hermanas de Santa Cruz y las Hermanas de la Santa Cruz. No obstante, la teología de unidad del Padre Moreau todavía sigue en pie en cada una de estas congregaciones. Lo que él deseaba para la Asociación en su conjunto, lo deseaba, por consiguiente, para cada una de las Congregaciones.

El Padre Mork explica que la visión espiritual que Moreau tenía de la unión, a ejemplo de la Sagrada Familia, aporta el auténtico elemento unificador en Santa Cruz. “Quienes, sin importar su diferencia en dignidad, compartían un solo corazón, gracias a su unidad de ideas y su uniformidad de conducta” (Carta Circular I). Cada quien está llamada-o a imitar la caridad que unió a los tres miembros de la Sagrada Familia. Cada quien debe estar unido bajo la guía de sus superiores-as mayores, tal como las partes del cuerpo de Cristo están unidas a Él. Cada superior-a legítimo-a asume el lugar de Cristo y cada congregación, así como las casas individuales, se

comportan como una *ecclesiola*¹. Por tanto, cada Congregación es actualmente una iglesia en miniatura, el Cuerpo de Cristo para sus miembros.

¿Cómo manifestamos este espíritu de unión en la actualidad? Ciertamente es algo que va más allá de una unión de oraciones y sufragios; de un compartir de noticias de salud, defunciones y boletines informativos. Esta unión requiere tener un interés común en asuntos espirituales y sentimientos compartidos en cuanto a la problemática actual, especialmente en lo relacionado a la paz y la justicia. Esta unión requiere un interés y sentimientos comunes por el espíritu que se manifestó en la vida y obras del Padre Moreau. El Padre Mork afirma que cuando los miembros de las cuatro congregaciones de Santa Cruz hagan suya la espiritualidad del Padre Moreau, tendrán una fuerza para la unidad que hará innecesarios los estatutos y los decretos.

Adicionalmente, la unión fundamental del Padre Moreau, fundamental en tanto es la unión básica que deben tener todas las personas cristianas y que, por tanto, también debe encontrarse en las religiosas-os de Santa Cruz, es la unión de las tres Personas de la Trinidad. “Así como en la Adorable Trinidad no hay diferencia de intereses ni oposición de objetivos o voluntades, de igual modo, entre los sacerdotes, hermanos y hermanas debe haber tal conformidad de sentimientos, intereses y voluntades como para hacernos uno, de forma similar a como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno” (Carta Circular I).

Estamos en el único Cuerpo de Cristo, viviendo según el modelo de vida de Dios, cuya vida compartimos por el hecho de estar en Cristo. El Padre Mork explica que en Santa Cruz nuestra vida en común implica, básicamente, que compartimos una unidad de corazones; nuestro deseo más profundo para nosotras-os, para nuestros hermanos y hermanas y para el mundo, es también el deseo más profundo del Sagrado Corazón, el deseo de Dios. En esto somos una sola mente y una sola voluntad. Debido a esto, con apoyo del cuerpo humano, interactuamos mutuamente, siendo nuestra principal motivación la motivación del otro, con un completo olvido de nosotros-as mismos-as. Y todo esto con calidez y dedicación humanas.

Esta unidad en el Cuerpo de Cristo conduce a la unión, y esta unión es la poderosa palanca que puede transformar al mundo. Esta unión se sostiene con compasión, con una compasión que nos indica quién es capaz de crecer en el jardín de Santa Cruz. No todas las plantas pueden hacerlo. No todas las variedades pueden crecer juntas. Es necesario remover algunas y colocarlas en otro suelo. Si se les permitiese quedarse, sofocarían las otras raíces, bloquearían la luz del sol y absorberían la humedad del suelo y la energía necesaria para los demás brotes.

El Padre Moreau no era ingenuo en cuanto al costo de esta estructura arraigada en la unión al Cuerpo místico de Cristo. A través de sus experiencias y sus luchas para hacer realidad esta estructura en la Congregación, él conoció la realidad de la vida centrada en la Cruz de Cristo. A menudo Él repetía las palabras: Niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. (Mt. 16:24-25)

Ya sea explícita o implícitamente la Cruz tiene un significado especial para nosotras-os y para nuestra espiritualidad como miembros y personas asociadas de la Congregación. Esta es la flor que nos atrae en el jardín del evangelio. Recuerdo que, cuando estaba en el liderazgo de mi

¹ NT: Palabra en latín que significa “pequeña iglesia”.

congregación, una de nuestras Hermanas de mayor edad sostenía su pequeño crucifijo entre sus manos cada noche antes de ir a dormir. Hacia el final de su vida padecía de insuficiencia cardiaca. Un día tuvieron que llevarla urgentemente al hospital y ella insistía en llevarse su crucifijo. Esa noche durmió en el hospital con el crucifijo entre sus manos, pero al día siguiente, cuando cambiaron la ropa de cama, se llevaron por accidente su crucifijo a la lavandería. La Hermana quedó muy afectada al darse cuenta de esto. La persona a cargo de la lavandería vino a visitarla y le explicó que con 500 camas en el hospital era casi imposible encontrar un pequeño crucifijo. Luego de hablar con él y darse cuenta de la magnitud del problema, ella finalmente se resignó al hecho de que se había perdido. Sin que ninguna de nosotras lo supiese, el hombre de la lavandería regresó al sótano y se pasó horas esa tarde buscando el crucifijo, en su tiempo libre. Ya por la noche, ese mismo día, él tocó con suavidad la puerta de la Hermana Edmund, entró y le entregó su tesoro perdido.

Para el Padre Moreau, el nombre de la congregación, Nuestra Señora de Santa Cruz, se convirtió en una señal de la voluntad de Dios. Según algunos historiadores, la propiedad alojaba un antiguo monasterio consagrado a Nuestra Señora de Santa Cruz. Para el Padre Moreau, el nombre de la Congregación estuvo pre-determinado por una acción de la Providencia de Dios. En consecuencia, el nombre adquirió un valor y un significado profético para la obra, tanto que lo incluyó en el verso utilizado como lema de la Congregación: *Ave Crux Spes Unica*.

El Padre Moreau escribió sobre el misterio de la Cruz en sus primeras cartas circulares. Al describir las dificultades encontradas en las misiones, él dijo:

¡El árbol de la Cruz ha sido plantado ahí donde moran nuestros valiosos religiosos! En ocasiones, sus raíces son su limitada cantidad de miembros y la falta de fondos; en otros momentos, la enfermedad y las contradicciones. Pero estos religiosos han aprendido a saborear sus frutos vivificantes y si Dios en su bondad los mantiene en las admirables disposiciones que han demostrado hasta el momento, ellos nunca probarán la muerte, porque los frutos de la Cruz son los mismos que los del árbol de la vida plantado en el Jardín del Paraíso. Pero este fruto tiene un sabor amargo durante un tiempo, ¡Y cuán pocos son los que desean alimentarse con él. En consecuencia, ¡cuán pocos son los que disfrutan la verdadera vida! Intenten, entonces, convertirse en copias perfectas del divino modelo, y nada nunca perturbará su vocación. No solo cargarán con cualquiera de las cruces que encuentren mientras cumplen los deberes de su sagrado estado, sino que amarán estas cruces. Sí, incluso las desearán y, siguiendo el ejemplo de nuestro Señor, las elegirán por encima de todo lo demás”. (Carta Circular, 8 de enero de 1841)

El Padre Moreau no estableció en su familia religiosa una devoción específica ni a la Cruz ni a la Pasión. El Padre veía las dificultades, contradicciones y sufrimientos reservados para Santa Cruz como un signo providencial. Y dirigió la atención de sus seguidores hacia la Cruz como presencia de amor de Dios: hacia la Cruz como luz en medio de sufrimientos y alegrías; hacia la Cruz como esperanza y consuelo en medio de pruebas y luchas. Y por esa razón él recordaba con frecuencia a los miembros que la Cruz se carga como nuestra contribución para la salvación del mundo. Las prácticas de devoción que él recomendó en honor a la Pasión y la Cruz de Jesús eran simplemente las prácticas que la liturgia de la Iglesia proponía a todas las personas cristianas, prácticas que, gracias a una antigua tradición, el pueblo de Dios conocía muy bien.

Podemos hacernos una especial idea de su visión de la cruz en estas palabras, pronunciadas en ocasión de una de sus conferencias, realizada en Saint Laurent, Canadá, 1857.

“¿Cuál es nuestra Cruz? Oh, es nuestros deseos e inclinaciones rebeldes, nuestra codicia, nuestras desagradables faltas y nuestra imaginación. Esa es nuestra Cruz. La vida humana es un largo camino de la Cruz. No es necesario ir a la iglesia para recorrer las estaciones, el camino de la Cruz está en todas partes y lo recorreremos cada día”.

Tal como reveló en esta conferencia, la Cruz para el P. Moreau ya no se encuentra fuera de nosotros-as mismos-as. La Cruz se encuentra en nuestro ser débil y limitado, así como en nuestro ser redimido e infundido de gracia.

Las Reglas comunes de 1879, que establecía la relación de las Marianitas con el misterio de la Cruz, también les dio su propio lema: “En la Cruz de Cristo” o en “In Cruce Domini Nostri Jesu Christi”. Este lema, tomado de la epístola de San Pablo, fue la gracia reservada para las Marianitas: nacer, desarrollarse y perseverar “en la Cruz de Cristo”. Este lema también expresa su ideal de esa época: crecer y madurar como un grupo y como un instrumento para la misión “en la Cruz de Cristo”.

En opinión de la Hna. Graziella Lalande, CSC, desde los comienzos de las Hermanas, cada generación ha experimentado, de una forma u otra, según la época y la acción de Dios, lo que significa vivir sus vidas “en la Cruz de Cristo”. Cada hermana ha tenido que aprender, según la gracia que le fue otorgada, lo que significa moverse hacia la transformación Pascual, recorriendo el camino de la Cruz de Cristo.

Esta es una transformación de misterio pascual porque la Cruz es un signo de Gloria. Es el amor del Salvador sufriente, proclamado sobre la Cruz, lo que llevó al Padre Moreau y nos lleva ahora a unirnos con Él en la gloria. No es la cruz como instrumento de tortura o de dolor lo que nos atrae. Es la Cruz como una manifestación de amor, de un amor que nos lleva a cumplir fielmente la voluntad de Su Padre, de un amor que se extiende a la firmeza del compromiso. La Cruz, entonces, es nuestra esperanza, nuestra salvación y nuestra liberación.

El Padre recordaba con frecuencia a los miembros que estas lecciones de esperanza, salvación y liberación se aprenden primero en la comunidad debido a que el carisma de Santa Cruz se sitúa en la comunidad y se expresa a través de ella. Nosotras-os nos comprometemos a vivir en comunidad apostólica. Por tanto, la comunidad es, en sí misma, un ministerio para el mundo y la iglesia. Es un testimonio de la Cruz que ofrecemos. De hecho, la comunidad podría considerarse entre los mayores dones (y entre los mayores desafíos) que traemos a este siglo. Vivimos en un mundo y en una iglesia que necesita ver que hombres y mujeres son capaces de cuidarse entre sí profundamente, de trabajar juntos-as en los buenos y en los malos tiempos, y de perseverar en los valores vivientes del evangelio. Un testimonio así proclama que el amor y el perdón centrados en el otro son posibles con la gracia de Dios.

Esto ha sido difícil en Santa Cruz. Hemos experimentado las penas y las alegrías de la Cruz mientras nos esforzábamos por vivir este ideal. Sin embargo, nuestro fundador nos dice que la vida es un camino de la Cruz. Y él tuvo muchas experiencias de la Cruz durante su vida. Estas

incluyeron la infidelidad y la traición de algunos de los miembros, cuestionamientos de los Obispos, intrigas políticas y luchas con algunos de sus religiosos de mayor confianza durante la fundación de Santa Cruz.

En el otoño de 1855, abrumado por problemas financieros y calumnias, él predijo la ruina de su congregación. Su sentido de responsabilidad lo hizo experimentar un tiempo de gran agitación y prueba interior, una verdadera noche del alma. El Padre dijo que gracias a esta vivencia llegó a comprender parcialmente el sentimiento de abandono de Nuestro Señor en su agonía, cuando recurrió a su Padre y a sus discípulos sin encontrar ningún consuelo. Él dijo:

“Comprendí perfectamente el suicidio de Judas y me hubiesen hecho un gran favor si tan solo alguien pudiese haber removido los dos objetos que había adquirido y que estaban sobre mi escritorio. El primero era un pasaporte para ir al extranjero que había solicitado al Ministerio de Asuntos Exteriores; y el segundo, quinientos francos para pagar mi viaje. De no haber tenido la mirada fija en mi crucifijo todo el tiempo seguramente habría caído en la tentación”.

“Comencé a preocuparme mucho por la inestabilidad política, tenía miedo de que el alto costo de los alimentos pudiese convertirse en un problema real para la comunidad. Veía o creía ver muy claramente la inminente y total ruina de la congregación, incluso en el extranjero. Veía este panorama con una inusitada claridad. No había lugar a dudas... Me reprochaba a mí mismo por la injusticia del pan que comía... mi único pensamiento era encomendarme y encomendar toda la obra de Santa Cruz a las oraciones de una comunidad desconsolada... ¡Y esto me salvó!”.

“...No dejé nunca de orar... Cada tarde... cuando la comunidad se había retirado, yo me quedaba allí... muchas horas en la capilla, ¿y qué hacía? Recorría las estaciones una tras otras, buscando una luz, una idea, y no encontraba nada, absolutamente nada”.

“Esto duró 2 meses hasta que recibí una carta de una persona a 250 km de distancia, que no tenía forma de conocer mi estado...”

Ella escribió: “Lo veo en el mismo estado que a Pedro, hundiéndose en las aguas”.

“En un abrir y cerrar de ojos, la luz regresó a mi alma, recuperé completamente mi confianza, la prueba había pasado”.

¿Qué podemos rescatar de esta experiencia del P. Moreau para nuestra espiritualidad? Esta experiencia nos llama a la honestidad, la humildad, la oración perseverante, la aceptación de ayuda de fuentes inesperadas, y a una fe y esperanza renovadas. El Padre Moreau compartió su experiencia con honestidad y humildad. A través de esta experiencia, él perseveró en la oración, en medio de la oscuridad. Aunque su familia había tratado de consolarlo y darle fuerzas, él seguía en este estado de confusión. Seguía buscando una señal. Y esta señal llegó de una fuente insospechada, de una mujer laica. Él debía confiar en ella a un nivel muy profundo, ya que con solo una frase pudo ayudarlo a extender con fe la mano hacia el Único que podía salvarlo, tal como hizo San Pedro. La prueba había terminado.

Hacia el final de la vida del Padre podemos ver los frutos de su fidelidad a la Cruz de Cristo. Condenado por el Capítulo General de 1868, lo despojaron de todo. La Casa Madre, su escuela secundaria, los dos noviciados y su iglesia se pusieron a la venta. En abril de 1869, con solo unas pocas posesiones encima, encontró refugio con sus dos hermanas en su pequeña casa cerca de la iglesia. Ya que la Congregación de Hombres no le proporcionaba ningún medio de sustento, las Marianitas le traían alimentos y atendían sus necesidades. Él se defendía de la avalancha de

insultos y mentiras sin ninguna amargura ni odio y en 1971, el Padre Moreau escribió: “Perdono con todo mi corazón a quienes me han perjudicado ya sea dañando mi reputación o los bienes a mi cargo, y ruego respetuosamente a la Divina Misericordia, a través de la intercesión de la Santísima Virgen y San José, que los perdone y bendigo a Dios por haberme considerado lo suficientemente valioso como para sufrir al trabajar por su gloria”.

Él fue capaz de perdonar a quienes lo habían traicionado, fue capaz de seguir en ministerio, predicando y enseñando el evangelio hasta unas pocas semanas antes de su muerte, y llegado el momento, consiguió morir en paz. Su muerte reflejó las mismas palabras que él escribió en su meditación sobre la muerte: “Y así muere el justo en los brazos de su Dios y su último suspiro es el comienzo de su gloria y de su nueva vida”.

Carguen la Cruz, el P. Moreau deseaba que viviésemos de modo que la espiritualidad de la Cruz se haga explícita y visible en nuestras vidas. Carguen la Cruz, el signo de la vida y la esperanza, de la salvación y la liberación. Carguen la Cruz porque a través de la Cruz,

Dios nos llama por nuestro nombre.

Dios nos guía en el camino.

Dios nos conduce a través de sendas desconocidas.

Dios nos bendice y hace que seamos una bendición para otras personas.

Dios nos invita a una relación de misterio y transformación cada vez más profunda.

Las personas deben sentirse seguras de compartir sus experiencias de la Cruz con nosotras-os en Santa Cruz, ya que nos ven fieles a nuestro camino de la Cruz, un camino marcado por alegrías, tristezas, esperanzas, desilusiones, paz, frustraciones y sanaciones. Con el tiempo aprendemos a confiar en nuestro camino, camino en el que se nos llama por nuestro nombre, en el que se nos conduce a través de sendas desconocidas, en el que somos bendecidas-os y bendición para otras personas, ingresando hacia una relación de misterio y transformación cada vez más profunda.

¡Tomen su Cruz! ¡Sígueme!

Mary Kay Kinberger, MSC

Congreso CSC

15 al 16 de abril de 2016